

Dos Cuentos

Por BELISARIO BETANCUR

- Media Vuelta a la Derecha -

Era un pobre patojo, un patojo no más. Nunca fue más que eso: un patojo en la casa, en una casa de agricultores que madrugaban con el agua caminadora a abrir brechas en las tierras duras de sueño hasta que el sueño se descolgaba como un acróbata por entre las ramazones, se metía en las jíqueras maltrechas, enarcaba los azadones y los brazos, y agarraba a los trabajadores de las nalgas para echarlos hacia la casa, sombreada en la distancia y desdibujada en el silencio de los pájaros dormidos. Claro que también manejaba el azadón con destreza, pero nunca fue lo que llamábamos un azadonero de verdad. Tenía sus arrestos para desgranar las gajeras de café. Pero eso era sólo cuando ya la cosecha estaba en la fina. Que en los graneos, cuando apenas comenzaban a delatarse los rojos vivos en los cafetales, Toñito no aparecía o aparecía a llevar el almuerzo de los más, de sus primos y de su viejo. La tremolina que armaban en las ollas los plátanos a medio cocer y los troncos de carne cocida, no la digo yo. La gritaba del hoyo del cafetal, Toño el grande, cuando adivinaba con extarordinaria precisión la hora del almuerzo.

Todos, en El Morro, lo conocíamos como un patojo. Bueno, todos éramos unos patojos, medio niguateros, medio sabihondos, medio colorados, medio enamorados, no montañeros del todo pero tampoco unas espadas para el habla con las mujeres. En el patio de mi casa, de la casa de mi abuelo, nos reuníamos todas las tardes a bailar la cartagena y a oír viejas canciones olvidadas, que desde entonces se forjaron ajuntadas, un poema, perenne habitante de mi memoria. Mi abuelo había comprado, en una de sus alegrías, una victrola que era

de sonora. En las agujas que hacían el recorrido deleitoso de la canción sobre el disco negro de selo verde, enjambrábamos nosotros las ilusiones que después hemos ido realizando o simplemente clausurando. Toñito asistía con religioso fervor a esas tardes, talvez persiguiendo una muchacha que nunca pudo encontrar o que si encontró, no supo ligar a su vida. A la cuadra, poco más o menos, de donde vivíamos nosotros, demora el Filo de la Paila desde donde nos vigilaban los espíritus de los indios sinifanáes. En cada ojo nuestro crecía una rosa heroica que nadie conocía. En el ojo de Toñito Vásquez no crecía nada, absolutamente nada. Era un hombre sin aspiraciones, que nunca había cometido ninguna aspiración. Sencillo, buenote, apenas había transpuesto la linde de los veinte años cuando el bozo comenzaba a despuntarle entre tímido y malicioso, como diciéndole que ya era todo un hombre para que tomara las del Cauca arriba o se quitara esos calzones que su padre, Toño el grande, se había amarrado con tanta tenacidad. Un hombre así, un hombre tan poco hombre, en quien todos veíamos el pendejote de siempre, la rémora de una altiva familia de buenos campesinos, tenía por fuerza que morirse cualquier día, en cualquier barranco, contra cualquier palo seco, como se mueren quienes no significan nada para nadie. Toño el grande nos decía que no se explicaba cómo Toñito había crecido en aquel semejante empendejamiento, cuando de chiquito era la travesura personificada, con unos ojazos vivos como de quien va a hacer sufrir lo indecible a la madre y a las mujeres. Cuando iba a la escuela todavía era vivísimo el Toñito aquél, hasta el punto de que la maestra se veía continuamente en calzas prietas para contestar las preguntas llenas de picardía que le aventaba, de pronto, aquel zambo montañero.

No sé si de bajar la pendiente de Palonegro, resbalado como una naranja—porque así de gordo era entonces,—o si de ascender a cada tarde con ese peso de los útiles escolares sobre sí y el peso de aquel interminable camino encima, se volvió como se volvió. Las piernas se le curvaron bajo el vientre en forma que daba la sensación de las líneas de un tripe. Claro, los calzones no tenían adonde ajustar, de suerte que lo mismo se colgaban del lado derecho que del lado izquierdo, como si fuera una sota de copas. Si nos reíamos a carcajada abierta de Toñito y de sus flojezas, si persistíamos en hacer de él el hazmerreír de la comarca, de todo el Morro, de todo Cocosucio, de todo Yarumal, de todo el Pedrero, era porque por entonces andábamos bastante escasos y angustiados de bobo y en Toñito había el material animico suficiente para muchos bobos. Es que ese pecho y esa sonrisa desparramada, y el dedo en la boca y la gorra de fieltro que nunca conoció otra horma que la natural, todo era el exacto ingrediente de un bobo. Con que, Toñito era nuestro bobo. El bobo patojo de la vereda aquella en que crecimos nosotros con una irresistible vocación de pájaros y con una indeclinable voluntad de árboles.

Y fue que nosotros emigramos, con las canciones cuajadas en las espaldas y adoloridos y agobiados de tanta nostalgia campesina. Mis padres me decían que era irremediable ese viaje al pueblo y como irremediable hubimos de aceptar la claudicación quienes—como yo—habíamos crecido a la sombra de las montañas, bajo el dedo vegetal de Dios. Y no volvimos a saber de Toñito, por muchos años. Crecimos y crecimos. Nos multiplicamos. Nos fugamos del solar nutricio. Las palabras enamoradas de los campesinos se fueron evadiendo del labio. El brazo se hizo a otras disciplinas. El estómago a otros brebajes. El ojo a otros paisajes. Trocamos la oración madrugadora por la enardecida oración de los cementos. En una palabra, claudicamos en el servicio de los primeros paisajes. Y Toñito por ninguna parte volvió a aparecer en nuestra vida. De cuando en cuando algunos recuerdos suyos que iban goteando sobre nosotros como de antes goteaban sobre la mínima estatura que llevábamos, los capítulos semiolvidados de la historia de Dios, narradas por la inolvidable complacencia de la cabeza familiar. Y las imaginaciones que nosotros imaginábamos, las canciones que cantábamos, los villancicos que recordábamos, los humos que identificábamos, los rostros que sonreidamente recontábamos en la memoria, sobre la línea de horizonte que desde nuestro nuevo refugio se hacía más alta e insinuante y sobre la sonrisa de alguna muchacha a quien amamos frenéticamente en la infancia, todo aquello nos mantenía fieles a la seguridad predial o, por mejor decir, afirmados únicamente sobre la espalda del lote nutricio donde el abuelo ara la tierra con el mismo ímpetu de hace muchos años.

Las cosas de este mundo! Quién creía que Toñito sería lo que es, con el fluír perenne y goteado de los días! Que iba a ser lo que es! Es que hay que ver que para llegar a conseguir mil pesos, con una persona como la suya, vale decir, con un continente tan desgraciado, muchos deben ser los sudores. Mil pesos, una plata que nunca aprendimos a contar por aquellas tierras, porque si comenzábamos ni siquiera divisábamos la posibilidad remota de llegar a adquirirlos cualquier día de Dios. Para más fue Toñito. Una desaparición de quince o veinte años y el patojo que vuelve hecho todo un general, con carrieles llenos de plata; y compra la tienda de los Gavidias por la cual tantos y tanto suspirábamos. Setecientos papeles, bendito sea Dios, setecientos del lapo le costó a Toñito Vásquez la tienda de los Gavidias. Compró el local, que hay que darle la vuelta para saber la capacidad que tiene! Lo compró al contado, con billetes viejos pero que valen lo mismo que los nuevos. Una cosa fue verlo, otra proponer y otra aventar los billetes sobre el viejo mostrador en donde tantas veces nos hemos encaramado a poner pereque.

Consiguió plata el muchacho, no hay que negarlo. Levantó centavos. Con todo y su marranada, con su rampante carajada se hizo a un poco de papeles que ya le aseguran la vida, si no es carajo. Porque si es cualquier marrangatanga, los mismos que se le vuelan,

con los espadas que hay en el pueblo y con los fieras que lo persiguen por todas partes con sed de metal.

—Hombre Toñito, y vos cómo levantates esa plata. Porque no te la robates; vos no sos capás de esos tratos, no es cierto?

—La mitá me la prestó Desiderio Gómez en Mocatán, departamento de Caldas. El viejo paró las patas y no topé a quién restituirle. Y la otra mitá, esto.

Y Toñito Vásquez se llevaba el índice de la mano derecha a la frente, del lado de las sienes, en ademán de inteligencia. Y una sonrisa bienaventurada se le esparcía por el fuerte rostro, se le clavaba en los pómulos que de puro aguantar soles habían adquirido una tonalidad de aguacate podrido y le hacía tres canales en la frente, los canales de la amargura campesina que se trasunta por sobre los júbilos más amplios.

Buen aguardiente el que vendía Toñito, valga la verdad. Parecía que poniale ciertas mezclas que el difunto Ramón Uñas había recetado a los tenderos del lado de Yarumal y que yo recordaba exactamente, con todos los pelos que el yerbatero establecía y con todas las uñas que prescribía. Buen aguardiente. Lo digo porque debajo del racimo de bananos que irremediabilmente cuelga del techo en el centro de toda tienda parroquial, muchas veces me corrí los vidrios de la felicidad, con mis primos que salían a atisbar el paso de las golondrinas, a sorprender los temblores del aire vegetal y a conversar, por qué no, con los paisanos y vecinos y forasteros, con todo el mundo, sobre las excelencias de la última cosecha de tabaco, los precios de Medellín y los precios del contrabando. Por supuesto que todo no pasaba de ser charla en amistad de amigos o, cuando más, anochecidas insinuaciones y alucinados topes en la trasnoche. Buen aguardiente el de Toñito, me lo repiten mis primos cuando me encuentro con ellos en las proximidades de unos ojos enamorados que persiguen la audacia y el habla maravillosa de mis parientes. Y uno de ellos me decía, además, qué fue lo que sucedió a Toñito Vásquez y cuáles las señales y los pelos de esa travesía suya que lo convirtió del bobo del Morro y del pendejo de una familia de endiablados campesinos que no tenían miedo sino a la presencia de la tórtola de la muerte a la oración, en hombre de empresa, de capital, de colgante racimo de bananos y, en fin, en hombre de crédito en Medellín, vale decir, de capital.

Se fue cualquier día el bobo Toñito para la estación de El Pedrero, cercana a mi casa. Pasó un tren de carga y Toñito se subió, dizque para hacer una carrerita, que era lo que todos ensayábamos de niños en las estaciones. Pero resulta que el tren cobró fuerza y no le dio tiempo de tirarse. Y Toñito resultó embarcado. Por allá, más allá de Bolombolo, lo pillaron, metido en un carro de carbón. Lo pillaron y lo echaron afuera. Y se quedó allí hasta que amaneció. Andrajoso, desmantelado, niguatero, vuelto una nada, Toñito sintió de pronto unas locas ganas de recorrer. Sobre el cielo veía el viaje insi-

nuante de las nubes, el paso de los pájaros emigrantes y el tránsito reposado y sinuoso del humo del tren, y se decidió a seguir adelante, hasta donde Dios le ayudara. Pensó en varios caminos, en el Chocó y en el Cauca abajo. Veía descender las aguas con arqueados espejos extendidos y recordaba entonces los trozos de historia patria que aprendió en lo que no fue sacarse las niguas, de los ratos que asistió a la escuela. Al fin triunfó el viejo camino de los antioqueños de todos los tiempos, y echó Cauca arriba, con la buena intención del bobo Toñito que era incapaz de matar una golondrina, pero el ímpetu y el coraje de un hombre nuevo que estaba naciendo en él.

Cauca arriba, Cauca arriba con desviaciones para Támesis, Caramanta, Valparaíso y demás pueblos del suroeste de Antioquia y del noroeste de Caldas como Supía, Marmato, Riosucio. Hasta que, a Dios rogando, llegó un día a Mocatán. Y allí se levantó. Lo demás sí es secreto profesional que Toñito no confía a nadie. Pero, qué más importante que saber que levantó una plata que nunca había sospechado y que nosotros, con nuestros años, todavía no hemos conocido?

Cauca arriba, más Cauca arriba, tragando yardas, metros, kilómetros, como un desesperado, Toñito se aprendió de memoria todos los paisajes hasta llegar a recitarlos con los ojos, a copiarlos de memoria en el vitral del ojo. Pero un día, qué carajos!

—Yo sentía puallá en la barriga o en el estómago unos retorcionones como que me tuvieran hurgando el menudo. Miacordaba de la vieja y miagarraba a berriar asina mesmo que cuando taba barrigón. Y me ije: ésta nués con vos. Te vas pa tu casa aonde tus viejos. U al menos, te vas a güeler tierra de tu tierra. Y aquí toy otra vez, manque vusté le presente dudas. Taba yo en Sevilla, Valle, con este mesmo pañuelo rabuegallo que miabía regalao la novia. De golpe sentí el retorción más fuerte de muchas semanas, y plún. Dí media vuelta a la derecha, mesmamente como miabían enseñao en las melicias. Y pa Amagá, se dijo.

Y puso el chuzo. Lo repletó de confites, galletas, cominos, cebollas de huevo y de legumbres que es un viver que nadie vende pero que a Toñito le queda fácil de comprar al paso del tren. Y allí va a conseguir más plata, si no es pendejo. Porque ya va aprendiendo a defenderse de sus propios amigos, que es mucho decir. Y con los pesos que trajo y con los que consiga, pues qué más va a hacer que comprar la tierrita que el viejo, Toño el grande, tenía en Yarumal y que hubo de vender un día de los de Dios cuando decidió irse a probar fortuna y a hacerla en tierras del departamento de Caldas, precisamente en Mocatán, adonde llegó poco después de haber partido Toñito para el Valle. Y lo peor es que el viejo no quiere creer que Toñito tiene plata. Pues que habiéndole éste escrito varias cartas en que le participa que consiguió otra vez los pedazos de tierra y que tiene un poco de centavos para ponerlos a comer sin necesidad de maltratarse, él le ha respondido que allá, en Mocatán,

están viviendo bueno, viviendo del jornal de Toño el grande, y en forma más o menos pasajera. Y que, en cambio, si dejan esos trabajadores de allá, se tienen que venir a aguantar hambre porque Toñito no es capaz de darles la lata. Y cómo va ser capaz, el niguatero, el patojo de la casa, de conseguir mercado cada ocho días para los viejos? Nadie lo cree. A Toñito le sobran ganas de mantener a sus viejos, pero va a tener que ir a traerlos con todo y el aire de Mocatán que dizque ya se les ha pegado bastante, según decían en una carta que leí. En cambio a Toñito nunca se le despegó el aire familiar en que sufrió y creció en las infancias que vivió, que fueron varias porque hasta los veinte y más en que yo lo conocí, todavía estaba de niño. Se le pegó ese olor y ese sabor se le trepó a las narices que hurgaba a todo momento, y no se le volvieron a desflorar. Y allí están, olor, color y sabor de la tierra, clavados en el cuerpo del patojo.

- Agualinda -

—Y... Y cren que me van echando enainas no más? No sian pendejos que a yo nián mi taita púo bregáme pa quiusté, alcalde desgraciao, vaya agarráme. Naide miarranca deste lugar, manque miarranquen la desistencia.

Y por los ojos de Crisanto se devolvían todos los paisajes que había vivido, los instantes que se habían acaballado en su mente, las peripecias de su existencia martillada sobre el filo de las pendientes que bordean los pies de Fredonia. Para negros, Crisanto Sánchez. Y para negros buenos, Sánchez Crisanto que era como todos lo llamaban, imitando las corridas de lista en la hacienda, los sábados por la tarde. Hay momentos de este tránsito por el mundo en que en cualquier lote del rostro se nos lee nuestra historia, porque las arrugas, los islotes epidérmicos, las sinuosidades, las escarpadas lomas de la piel van entregando uno a uno los rasgos o los residuos de cuanto hemos sido; así podía leerse ahora en los ojos del negro. Fue minero, fue carbonero, fue de los mejores chapoleros de Agualinda y de los más bravos macheteros de la región. Desde Sinifaná hasta el Poblano, lo veían los lunes y los domingos y los sábados, amansando espantos, potros y gente brava. Le era igual trepar en una potranca recién destetada que aferrarse al cuello de cualquier bandolero y dejarlo en punto menos que la muerte. Ahora, para eso de esperar espantos, de torear fantasmas o de varijonear aparecidos, no había quién le llevara la delantera. Baste decir que Crisanto no era ningún marrano en artes de oraciones a los santos, y con eso se dice todo. Una vez le contaron que en el canelón de El Plan, Megando a Llanogrande y a inmediaciones de Fredonia, había un espanto ceba-

do. Pues el mismo que se fue a esperar ocho noches seguidas, sin que esos desvelos fueran parte a hacerle olvidar las labores del día, es decir, el azodoneo sudoroso y jadeante de todas las doce horas de un sol, loma adelante, surco adelante, en las rozas y en los cafetales o entre el bullicio de la pelusa de los cañaduzales. Se llevó un paquete de tabacos hechos por ña Zoila con rama de contrabando y no se le quitó al espanto hasta que lo agarró y le agarró la plata. Que no era poca, según dicen las malas lenguas. Desde entonces parece que Crisanto comenzó a llevar una vida sossegada, aunque tampoco abandonó sus trabajos ni se echó a dormir con las petacas. Pero se sacó su orito. Un orito viejo, del tiempo de los endíjenas, según decía él. Crisanto no negaba que se había sacado el entierro, pero tampoco confesaba cuánto había sacado. Qué iba a confesar, con esa marrulla que se gastaba para sus cosas. Lo que sí decía era que todo se lo debía a la oración a la Santísima y a la Magnífica que rezó en viendo llegar al espanto. En fin que Crisanto Sánchez era un machazo. No es porque algo me toque yo con él, por allá en los rastros de la sangre, sino porque todos me lo han dicho ahora cuando he vuelto a Agualinda a averiguar por el cruce de unos naranjos que Crisanto me enseñó. En los ojos tenía la virtud de los hombres buenos: hacerse saber buenos. Uno lo miraba de cerca y de continuo, sin despegarle la mirada, y a poco de seguirlo entendía que de los ojos negros le destilaba miel de bondad, leche de dulzura. Era un viejo bravo, pero bueno. Mejor dicho, era de los buenos que no por buenos se dejan irrespetar. Campesino de los que se clavaron a su predio mucho antes de que las ciudades los tentaran, Crisanto no abandonaba sus plantíos, ni aún cuando le provocaba enfermarse. Porque, eso sí, a Crisanto Sánchez no lo conoció nadie enfermo de una enfermedad que él no conociera y que no hubiera anunciado. Con quince días de anticipación le decía a Tiodor—que era el Teodoro de la mitad de la prole—que iba a enfermarse y que por tanto debía tomar las medidas necesarias para que la roza del lindero de los Gavirias no fuera a pasarse o para que las yucas no fueran a perderse en la loma de los Holguines. Así de macho era Crisanto Sánchez que aun estando enfermo, por no dejar perder un ternero, se trepaba sobre cualquier zurrón de macho viejo y, ojos que te vuelvan a ver, se iba a buscarlo y lo traía, agarrado del pescuezo con la cabuya con que se amarraba esos pantalones suyos que nunca necesitaron amarras porque los tenía muy bien puestos.

Y eso que a Crisanto Sánchez no tenía por qué dolerle en su propia carne nada de la hacienda. Qué le importaba a él, por ejemplo, que el cafetal de la Loma se perdiera? Qué le importaba que el de la Cañada se dañara con el invierno si él, con trabajar con toda su manada doméstica, cumplía su deber? La hacienda al fin y al cabo no le pertenecía. Entonces, a ver por qué no se rodaba todo eso, a ver por qué no se iban todos embarcados para el Cauca abajo? Pero lo que es la maldita tierra; Crisanto estaba amarrado, como ala

al vuelo, a ese lote donde había crecido con el amor de un grillo entre la grama. Sin esfuerzos, sin violencias, con la plenitud y la placidez de quien ama sencillamente a una mujer, Crisanto Sánchez había amasado su centena familiar en Agualinda, de forma que sus hijos habían crecido unos guapetones, todos unos machos de hombres, no solamente por la savia vital que viajaba por las venas del negro Crisanto sino también por el aire claro y cristalino, como de pupila enamorada, de Agualinda; por el sabor del aguacate, por la color de las flores, por esa azúcar guarapienta de la caña morada, por la humedad de la tierra que en las mañanas se subía hasta los palos cruzados que habían recibido ocho o nueve horas antes el cuerpo salvaje del campesino, para arrullarlo. Los Sánchez eran Sánchez por Crisanto; y machos por Agualinda. Eso era lo que reflexionaba en aquel momento el viejo Crisanto. Lo reflexionaba y en esas repletas mejillas como de guayaba sazónada se iban formando unos huecos coléricos que miedo me dan con sólo recordarlos. Delante del rostro de machetero y chapolero, se le formaron muchas nubes de odio y de la garganta para arriba le subían las palabras rabiosas, que no llegaban a salir al aire de su diáfana Agualinda porque chocaban contra los dientes, apretados desde la llegada del alcalde en un gesto de enojo. Allí lo tendrían que matar. Y allí mataría el mismo Crisanto que unos treinta años antes había matado al canalla vestido de hombre que infamó el respeto a la Purísima. Dentro de la vaina, el machete recitaba toda una letanía de agravios y los ramales que había trenzado la niña Concepción para su homenaje, iban y venían en un bravo vaiven que ya los viejos estaban olvidando y los mozos apenas conocían de oídas. Por fortuna nadie osó arriar hasta la vera de Crisanto Sánchez en aquel momento en que su sangre se levantaba de la callidez de la vena para pregonar la clara verdad de su amor a la tierra. Esos amores nadie sabía respetarlos como no fueran los mismos habitantes de Agualinda que habían crecido en honor de tierra linda. Y a propósito, este era el único reparo que siempre tenían los agualindeños en las orillas de la voz: Agualinda debiera llamarse más bien Tierralinda. Porque la mágica y desteñante belleza del agua ni se equiparaba ni se comparaba en buena lid con la lumbre de los terrones que habitaban en cada tramo de aquellos lugares.

—Lubiera atisbao vusté, pa que viera macho. Nuavía naides capaz de obstaculizársele en los ojos.

Así me hablaba Tocayo, el hijo mayor de Crisanto, en Agualinda. Por todas partes había policías armados hasta los dientes, con flores en las solapas de los vestidos y ramos de rabia en unos brazos, que ya se decidían a sacar los yataganes. Si Crisanto no accedía a retirarse; el último, porque todos habían cedido a la autoridad en Agualinda. Los nuevos dueños de la hacienda no consentían que aquellos negros en cuyas manos estaban las cosechas y las plantaciones y los platanales y los cañaduzales y los cafetales y—lo que

no sabían—la existencia misma de Agualinda, continuaran con el timón en la temblorosa mano. El grano de café nunca dejaría de ser grano de café porque Crisanto Sánchez y sus hijos no anduvieran de tonga en tonga, de surco en surco, entrevistando los árboles en una alegre procesión que sólo concluía debajo del guamo grande, a la hora del almuerzo y, por la tarde, en las inminencias de la puerta del Aguacatillo donde se hacía el resumen de los tarros colectados. Treinta casas formadas con sudor y con llanto, erigidas, pared a pared, con migajas de vida de cada uno de los Sánchez, mucho le dolían al viejo cuando ya los dueños decidieron llamar a la policía para sacar a Crisanto por la fuerza. Qué crimen habían cometido, en qué habían pecado, si los cuchillos no habían poblado nunca los lotes de las manos contra aquellos amos miserables, si las peñillas no habían brillado al aire de Agualinda para otra cosa que para bailar la cartagena a la vera de los piñones ojerosos de edades, si el trabajo había seguido siendo el mismo intenso de siempre? Por qué tenían que salir los Sánchez de Agualinda, de una tierra que si era lo que era mucho debía a los chorros de sudor de los Sánchez que la habían regado desde un poco más atrás de Crisanto? El viejo no podía comprender, no quería entender que los dueños de ahora tuvieran sus agregados distintos, porque toda su vida había discurrido al caliente rumor de los agualindeños, o al borde de sus canciones y en la cercanía de sus milagros. Eso estaba bien, o menos mal. Estaba bien que vinieran nuevos mayordomos. Pero quién había dicho que los Sánchez querían seguir siendo los únicos administradores? Que vinieran otros trabajadores si Agualinda se iba a convertir en el centro agrícola de la región, nunca igualado desde Gualanday hasta las fincas del Cauca; que trajeran herramientas nuevas, tractores, molinos, motores, válvulas de contención que los detuvieran a ellos en su terrible sed de tierra. Los Sánchez no exigían nada de aquellos. Ni siquiera participación en los nuevos plantíos, ni que los dejaran intervenir en el manejo de esas máquinas que nunca habían imaginado ni trezado en los lances azarosos del sueño. Qué pedían, pues, Crisanto Sánchez y sus hijos? Qué solicitaban, hincado el brazo valeroso sobre la valiente tierra de Agualinda que los vio realizar proezas indecibles e indecibles hazañas en casi un siglo de permanencia? Pedían una cosa bien humilde, como un poco de tierra humildísima: pedían que los dejaran seguir trabajando, viviendo, soñando, muriendo en Agualinda. Pedían estar morando, muriendo sobre aquellos canelones, asomarse a la salida del sol a la loma para escarbarla impudicamente por la axila como a una primeriza doncella campesina. Qué deseo tan elemental, qué ambición tan desnuda, tan cristiana, tan santa! Crisanto Sánchez repasaba ante los ojos de la policía montada, la vida de sus hijos, sus amores con Carmela, sus tropiezos con Nicomedes Grisales, aquel compadre que quiso quitarle su mujer en una noche de aguardientes fugitivos. Y sentía que por debajo de los pies abruptos iban creciendo más tendones,

iban creciendo músculos, que eran como nuevas raíces que lo ataban a Agualinda. Me imagino a Crisanto Sánchez a quien yo apenas conocí decidor, conversador y conservador "más que María Santísima", como decía! Me lo imagino en aquella posición de espera, en el rancho que oyó nacer a todos sus hijos! Me lo imagino y no lo puedo imaginar, porque nunca lo conocí en uno de esos momentos en que su faz se mudaba, sus facciones se descomponían en terribles gestos y su cuerpo se curvaba como al peso de un gran dolor. Y era la cólera que lo inflamaba, que trepaba desde sus pies ayuntados a la tierra por las coléricas piernas heridas, hasta el corazón y a los ojos. Me lo contaron y casi que no podía yo conformar otra vez la escena: Crisanto en el centro de la salita y afuera de la puerta para atrás y por los corredores, los policías en espera de que el viejo tomara una resolución. Y más atrás el alcalde hecho una sola inmensa lágrima. Y mucho más atrás, la mano sobre las peñillas y en la mano el corazón, los hijos y nietos y sobrinos y biznietos de Crisanto Sánchez! Qué carnicería! A Tocayo se le chorreaba la saliva por el pecho cuando me lo contaba. Todos tenían ganas de matar. De matar a alguien, así fuera un pájaro o un hombre. Y en ese instante querían matar policías liberales que los arrojaban de Agualinda en nombre de una ley que ni conocían ni existía, o existía para ellos, no más que para ellos. Al menos eso me repetía, gritando, Tocayo Sánchez cuando me vió llegar a Agualinda a buscar los cruces de naranjos que Crisanto me había enseñado alguna vez.

Los policías comenzaron a desentejar media casa que había sido derrotada de la paja y cubierta con tejas traídas desde Marsella. Sacaron de los cuartos adyacentes a los cuales se podía entrar sin tocar para nada con Crisanto, todos los baúles, garabatos, horquetas con carrieles, vainas viudas y viudos estuches de revólver. Echaron todo eso, en un altísimo montón, en medio patio, a vista y contentamiento de los Sánchez. Y luego, también a vista de los hijos del viejo Crisanto, prendieron candela a la casa. De la mata de paja que habían plantado al lado izquierdo de la fortaleza campesina, trajeron los haces para rodear la vivienda. Una inmensa llamarada abrió los brazos al cielo, en horroroso clamor. El techo se vino abajo y el humo se acostó en los lechos, en ausencia de los cuerpos trémulos de los Sánchez. Crisanto seguía firme, en media sala. Y sus hijos se iban acercando lentamente, con mil deprecaciones en la boca y echando por aquellos ojos más fuego que la casa por los ojos del techo. Los policías tuvieron miedo y entraron a la sala a tiempo que Crisanto era destituido de su coraje por las llamas, y lo sacaron afuera, una proclama telúrica cubierta de harapos y de rabias. Por el suelo se arrastraban medio ahogadas muchas culebras enojadas, y se llegaban hasta el cuerpo del viejo a lamerle con las envenenadas lenguas los últimos residuos de animación. Y lo lamían y le cubrían el rostro con sangre fresca que sorbían en la inminencia del crimen. Sangre de policías, desbocada por el suelo de Agualinda.